

## “EL COLOR HA TOMADO POSESIÓN DE MÍ.”

Homilía en la celebración eucarística en memoria de Emilia Ortiz.

Capilla de Nuestra Señora del Refugio. Cementerio de Tepic.

11 de febrero de 2013.

*Gén 1, 1-19.*

*Mc 6, 53-56.*

...

No he escogido yo para esta celebración las lecturas que escuchamos, del libro del Génesis, puerta de entrada a la riqueza bíblica y del evangelio de Marcos. Son las que este día se proclaman en el mundo cristiano. Tampoco escogí que la memoria de Nuestra Señora de Lourdes orientara el ritmo de esta liturgia.

Sin embargo, la luz primera, la del amanecer del universo, el agua milagrosa que brota de la fuente y la salud encontrada por quienes “por lo menos tocaban la punta del manto de Jesús”, se hacen cercanos al traer del olvido a la memoria los ojos y las manos de Emilia Ortiz, quien con cariño y perseverancia transformó la vista de un mundo atravesado por el dolor, la decepción y la ruina en el reflejo intenso de la colorida belleza de su realidad más honda y verdadera, la que surgió cuando Dios “separó la luz de las tinieblas” y “vio que [todo] era bueno.”

De agua y luz se integró su vida: “...Nací en el año diecisiete en un barrio empedrado, de casonas con patios y pilastras sosteniendo techos planos que en las lluvias vomitaban sus aguas ferozmente por las gárgolas, haciendo un estruendo pavoroso. Después de las tórridas noches que anunciaban tormenta, los relámpagos que precedían al trueno encendían y apagaban simultáneamente sus luces, atravesando la copiosa lluvia en saetas que hendían y desgarraban el aire furiosamente. Venían después días tranquilos en que la humedad del aire dejaba manchas negras en las paredes...Este cáncer ponía de manifiesto su complicidad plástica, moviendo aquí y allá sus formas ante mis ojos ansiosos de encontrar motivos de revelaciones interiores.

“Niñez alimentada con cuentos y mitos religiosos que fueron dando forma a mi carácter contradictorio, entre el rigor materno y la filosofía paterna, plena de belleza espiritual, con el pensamiento vuelto hacia la modalidad francesa ya convulsionada en sus cimientos.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Emilia Ortiz* por Emilia Ortiz, en: *Emilia Ortiz, pintora nayarita*, Galería OMR, México 1986, p. 17.

Esa niña que se fascinaba, que jugaba, que sentía miedo y fabricaba imágenes e ilusiones --“...chiquilla como avispa que con los ojos sedientos veía, auscultaba, sondeaba o a veces parecía que no miraba”, dijo Manuel Rodríguez Lozano<sup>2</sup>-- fue la mujer madura, serena e inquieta que guardó silencio hace poco. Ahora contempla con sus ojos agrandados la belleza que no está manchada ni se marchita que con tanto empeño buscó y vislumbró.

---

“Dijo Dios: ‘Que exista la luz’ y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas.”

“...Dijo Dios: ‘Verdee la tierra con plantas que den semillas y árboles que den fruto y semilla...sobre la tierra.’ Y así fue...y vio Dios que era bueno...”

Separar las tinieblas de la luz es misión y tarea del artista. Encontrar en medio del aparecer oscuro del correr de la vida el destello de la chispa divina sembrada al principio. El artista toma en sus manos el pincel de la Creación para renovar su belleza y hacer que sane el corazón humano, se aleje la angustia y brote la esperanza. El artista toca la orla del manto de Jesús y emprende el camino de su obra transformado, hecho don para los demás.

Devolver el verde de los campos, los olores, los colores y los sabores de la naturaleza para gozo del hombre peregrino es también misión y tarea del artista.

Emilia Ortiz nos prestó la luz de sus ojos y los latidos de su corazón para hacer un viaje donde la realidad se transforma en emoción. Pudimos ver y sentir los pesares de las mujeres y la rudeza de la vida de los pescadores y los trabajadores industriales, el rostro adusto y reflexivo de los indígenas serranos, la cotidianidad de los hogares y su tentación de letargo y monotonía, la fiesta popular con sus sonidos alegres en la Alameda de Tepic o en la plaza principal, las procesiones silenciosas que no celebran la muerte sino la chispa de la resurrección.

Nos hizo ver distinto el verde oscuro y agreste del Sangangüey y el verde amarillento y móvil de la caña de azúcar, el azul del océano en San Blas, la algarabía multicolor de las mujeres que se bañaban en Acayapan.

Nos transmitió las emociones contrastadas de Dimas, el “buen ladrón” crucificado y del “bachiller” de la antigua “Judea” de Jala. Sobre todo, nos hizo mirar a Jesucristo sangrante y coronado de espinas, crucificado y descubrir contemplándolo lo absurdo de su sacrificio sin la llamada urgente de la humanidad para ser redimida. Jesús no fue

---

<sup>2</sup> Emilia Ortiz, en: Id., p. 5.

lacerado sólo en su pasión en el Jerusalén polvoso ocupado por el ejército romano; sigue siendo lacerado en nuestra civilización moderna. Un cuadro sin nombre que la artista tuvo la generosidad de regalarme ilumina esta realidad: Jesucristo coronado de espinas y con su túnica púrpura de rey del universo está de pie sobre un barril de petróleo que va a recibir impactos de bala de dos soldados estadounidenses –autómatas de la violencia institucional—actores de la llamada “guerra del Golfo Pérsico” de 1991: en el fondo la fachada de la basílica romana de San Pedro y la figura postrada en tierra de Juan Pablo II.

Este servicio a nuestros caminos rindieron los ojos y las manos de Doña Emilia, su fe intensa expresada “hacia adentro”, su fuerte personalidad, sus ocurrencias chispeantes y su amor a la vida. Bien pudo haber dicho: “El color ha tomado posesión de mi. Ya no necesito ir en pos de él. Sé que ha tomado posesión de mi para siempre.”<sup>3</sup> Sin duda, el color portador de bien y salud de la primavera de la creación divina, el del agua cristalina de la gruta de Lourdes.

Por todo ello, hoy nos hemos reunido para interiorizar la palabra de Dios, para orar en sufragio de su alma, como bálsamo y consuelo para su esposo y familiares; para superar el olvido con la memoria agradecida.

Jesús “terminó la travesía del lago” y tocó tierra en nuestra tierra.



Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

---

<sup>3</sup> Paul Klee, *Diarios (1914)*.